

conocer al verdadero Dios y abrazar el Cristianismo; los bárbaros empero decían ser una impiedad abandonar sus dioses y abolir las costumbres de sus antepasados. Entonces el Rey polaco, para demostrarles que no era la verdad lo que dejaban sino un cúmulo de ridículos errores, mandó apagar el fuego perpetuo que se alimentaba en Wilna; hizo también en presencia de los bárbaros destruir el templo, derribar el ara donde inmolaban sus víctimas, cortar los bosques sagrados, y matar las serpientes que se guardaban en cada casa honrándolas como divinidades.

Los lituanios, viendo destruir así su religión, lloraban y se lamentaban no osando oponerse á las órdenes del Rey, aunque esperando por momentos que su Dios se vengaría por sí mismo; pero como vieron que nada sucedía, abrieron sus ojos á la luz, y pidieron á voces el Bautismo. Los sacerdotes polacos estuvieron algunos días instruyéndolos en los principales artículos de la fe, haciéndoles aprender la Oración dominical y el Símbolo; pero el que con más ahínco trabajó en su conversión fué el mismo Rey, persuadido, á semejanza de san Estéban de Hungría, de que la mayor gloria de un monarca es civilizar á los pueblos que de él dependen, y no ignorando que la civilización es hija de la fe. Los nobles fueron bautizados uno tras otro; pero en cuanto al pueblo, como hubiera sido inmenso trabajo ejecutarlo individualmente, se hizo en globo por aspersión.

Oración.

Dios mío, que sois todo amor, gracias os doy por la asidua protección que habeis dispensado á la Iglesia, pues solo para nuestro bien la defendeis y consolais; hacednos la gracia de que seamos dóciles á su voz maternal.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *guardaré fielmente los mandamientos de la Iglesia.*

LECCION XLV.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.

(SIGLO XV).

La Iglesia atacada: Wiclef, Juan Hus, etc.;—defendida: concilio de Constanza; san Vicente Ferrer; san Casimiro; Orden de los Pobres voluntarios; cofradía de la Misericordia.

Venid á presenciar nuevamente los combates de vuestra Madre, y si sus persecuciones os contristan el corazón, reanímese vuestra fe á vista de sus triunfos. El siglo xv, en el cual hoy entramos, presenta la continuación y el desarrollo de esa eterna lucha del infierno contra la Iglesia, del mal contra el bien, del error contra la verdad, de la carne contra el espíritu.

De parte del infierno hé aquí cuáles son los recursos y los ataques: 1.º la continuación del gran cisma de Occidente; 2.º Wiclef, Juan Hus y Jerónimo de Praga; 3.º horribles escándalos, consecuencia de las herejías; 4.º la pérdida de la fe en porción de pueblos cristianos de Oriente y de Occidente.

Con objeto de impedir ó reparar el mal, Dios opone: 1.º treinta y siete congregaciones y Órdenes religiosas; 2.º un concilio general; 3.º grandes Santos en todas las clases; 4.º la conquista de nuevos pueblos.

Las herejías del precedente siglo, unidas al cisma funesto que desolaba el Occidente, habían amenguado entre los pueblos el respeto á la autoridad pontificia, y sembrado por doquiera gérmenes de rebelión contra la Iglesia. Tales principios, para originar sectas más trascendentales y peligrosas, solo necesitaban alojarse en una cabeza capaz de regularizarlos y cohonestarlos; eso es lo que hizo Wiclef. Simple sacerdote inglés, despechado por su remoción de la universidad de Oxford, empezó á desatarse contra los religiosos, y en seguida contra el Sumo Pontífice, á quienes miraba como autores de su desgracia, y vertiendo hiel en escritos y sermones, atacó sin rebozo á la Iglesia, su autoridad, sus Sacramentos y sus ritos;

verdad es tambien que el clero inglés se levantó en masa contra el descarado novador, y despues de condenarle le obligó á dejar su parroquia.

Sin embargo, sus escritos llevados á Alemania electrizaron los espíritus ya prevenidos contra el clero, y Juan Hus, sacerdote bohemio, tan intrigante como orgulloso, prohijó las virulencias del visionario inglés y se puso á docmatizar contra la Iglesia. Discípulo de Hus, Jerónimo de Praga, así apellidado por ser hijo de la ciudad de este nombre, sostuvo osadamente la doctrina de su maestro, y habiendo abrazado la herejía por corrupcion de corazon, permaneció en ella hasta su muerte á impulsos del orgullo.

Dios contrarestó á esos tres herejes con ayuda de una multitud de doctores católicos reunidos en el Concilio de Constanza y con las propias decisiones de este Concilio, descollando entre los paladines de la verdad el cardenal de Ailly llamado el *martillo de los herejes*, y su discípulo el célebre Gerson, canciller de la universidad de París. Victoriosamente refutados por los teólogos católicos, los novadores fueron condenados en 1414 por este Concilio, en el cual la Iglesia suprimió para los fieles el uso de la comunión bajo ambas especies. Al tratar de la Eucaristía dimos la razon de esta innovacion¹. Wiclef murió en Inglaterra hecho un infeliz, y Juan Hus y Jerónimo de Praga fueron quemados vivos por disposicion del emperador Segismundo.

Á propósito de esto, los impios, llevados de su acostumbrado saber y buena fe, pusieron el grito en el cielo contra la Iglesia; mas para que se aprecie el valor de su acusacion, baste saber que el concilio de Constanza solo decretó contra los herejes y en particular contra Juan Hus la degradacion eclesiástica y la supresion de sus escritos, y todo lo que se hizo de mas fué obra del poder civil. Éste, si dió un salvoconducto á Juan Hus, fué para que compareciera á justificarse en el concilio, con la condicion de someterse á su fallo si su doctrina era declarada herética conforme el mismo Hus publicaba; habiendo, empero, este hombre faltado á su palabra, el emperador Segismundo consideró contrario á todas las reglas de la prudencia, de la Religion y de la buena política, dejar á los pueblos expuestos á la seduccion de un fanático que espontáneamente decia querer dogmatizar mientras tuviese un soplo de vida. ¿Á

¹ Tomo IV, leccion XXXVI.

quién, pues, dar la culpa si el brazo de la justicia se descargó sobre su cabeza? ¿Desde cuándo la sublevacion y el orgullo son un titulo de misericordia?

Ziska, discípulo de Hus, no bien supo la muerte de su maestro, púsose á la cabeza de algunos millares de delirantes para asolar no solo la Bohemia, sino casi toda la Alemania; en cuya ocasion la herejía dió de sí la muestra que ha dado siempre, esto es, de ser un manantial de calamidades para los pueblos, convirtiendo los países que recorrió en vasto desierto empapado de sangre humana y cubierto de las cenizas y ruinas de pueblos, ciudades y monasterios. Llegó la desolacion á tal extremo, que el Emperador para atajarla hubo de poner en campaña un ejército que batió y dispersó á los Husitas.

El mismo concilio de Constanza dió tambien fin al gran cisma de Occidente nombrando papa á Martino V, que fué reconocido por toda la Iglesia cual el solo y verdadero sucesor de san Pedro. Como los herejes, en el arrebató de su frenesí, decian que la Iglesia católica no era verdadera depositaria de la fe, nuestro Señor, para cerrarles la boca se complació durante este siglo en patentizar que nuestra Madre nunca ha dejado de ser su legítima esposa; que en ella sola pone sus complacencias; que únicamente ella es la que perpetúa la obra de la redencion, y finalmente, que solo ella le da hijos verdaderamente virtuosos, pues que sancionaban su virtud con estupendos milagros.

Uno de estos varones que Dios quiso poner á la vista de la Europa entera durante medio siglo con objeto de vengar á la Iglesia católica, confundir á la herejía y preparar al mundo para el fin de los tiempos, fué san Vicente Ferrer. Este ángel del Apocalipsis nació en Valencia de España, el día 23 de febrero de 1357, de unos padres muy recomendables por su piedad y amor á los pobres; cristianos de alta valia, que empleaban cada año en limosnas el pico sobrante de sus rentas.

Vicente desde la infancia mostró ser muy devoto á Jesús crucificado y á María santísima, á la cual siempre honró por madre: como todos los pobres eran amigos suyos, sus padres se decidieron á hacerle distribuidor de sus liberalidades. Para acostumbrarle temprano al aprendizaje de la vida, Dios permitió que su virtud fuese probada por medio de violentas tentaciones, á las que él oponía como armas la oracion, la mortificacion y una asidua vigilancia sobre

sus sentidos. Incorporado á la Orden de santo Domingo, recibió la unción sacerdotal, y predicó con tan extraordinario fruto y celo, que el Sumo Pontífice le nombró predicador apostólico, y en esta calidad hizo misiones en España, en Francia, en muchas partes de Alemania, en Italia y en Inglaterra. Para dar mas energía á sus palabras comunicó Dios el don de hacer milagros, siendo notable el que obró en Cataluña restituyendo el uso de los miembros á un tullido llamado Juan Soler, cuya curacion declaraban ser imposible los médicos, y este milagro fué patente por muchos años, pues dicho Soler, hombre de un mérito superior, fué elevado á la silla episcopal de Barcelona.

El santo Misionero, á pesar de sus continuos viajes y de las fatigas consiguientes, vivía con mucha austeridad, privándose del uso de carnes, y ayunando todos los dias excepto los domingos, y los miércoles y viernes no tomando otro alimento que pan y agua, cuyo régimen observó por espacio de cuarenta años; su cama se reducía á un poco de paja ó sarmientos. No inferiores su celo y humildad á su mortificacion, pasaba largas horas en el confesonario, donde ponía el sello á la obra comenzada en el púlpito, y siempre rehusó las dignidades eclesiásticas y todos los empleos que se le trató de conferir en su Orden.

Durante su mision por Francia, predicó en Nevers, en Bourges y en el Delfinado, y habiendo sabido que los moradores de cierto valle, apellidado *valle de Corrupcion*, vivían en la crápula mas infame, siendo tan groseros y bárbaros que ningun misionero osaba acercárseles; Vicente, dispuesto á padecer por la gloria de Dios, resolvió salvar á aquellos infelices, aun á expensas de su propia vida. No fueron estériles sus trabajos: los hombres ignorantes, instruidos y movidos por él, detestaron sus delitos, reparándolos por medio de una verdadera conversion, siendo tal el cambio, que hasta el valle cambió su odioso nombre en el de *Valpura* ó valle de pureza, que todavía conserva.

Únicamente Dios sabe la innumerable multitud de pecadores y herejes restituidos al sendero de la verdad y de la virtud por las predicaciones de Vicente; él mismo en una carta á su general decia que habia tenido la dicha de convertir á casi todos los herejes domiciliados en los puntos donde se detenía.

El eco de su fama llegó á oídos del rey moro de Granada, quien sobre ser buen musulman tuvo la curiosidad de conocer á un hom-

bre tan extraordinario, y pidió le visitase. El Santo tomó agua en Marsella, y correspondiendo á la invitacion presentóse en Granada, donde se puso á predicar el Evangelio. Habia ya obrado bastantes conversiones, cuando los magnates moros, viendo las pérdidas que su religion hacia diariamente, pidieron al rey que echase á Vicente. Lanzado de allí fué á ejercitar su celo en otros puntos de España, y acabó por volverse á Francia.

Esta vez hizo principal teatro de sus predicaciones y milagros la Turena y la Bretaña: en Francia, como en España, el pueblo se agolpaba para oírle; y ¡cosa asombrosa en la vida de este hombre de portentos! los que ya le habian oído, le seguían á veces en número de diez y quince mil para oírle nuevamente en los lugares donde volvía á predicar. Imposible seria, repetimos, calcular el gran número de almas que convirtió: segun los cómputos mas exactos, fueron asombroso fruto de su predicacion doscientos mil herejes, ochenta mil musulmanes, veinte y cinco mil judíos, y multitud innumerable de pecadores y pecadoras reconducidos á la verdad y á la virtud ¹. Semejante al rayo, su palabra electrizó la Europa, revolviéndola hasta en sus entrañas, cual un siglo mas adelante la de san Francisco Javier conmovió las Indias y el Japon ².

Acercábase émpero el dia en que el santo Apóstol debia cosechar en el cielo lo que en la tierra habia sembrado y regado con sus sudores: enfermo en Bretaña, llegó á Vannes con tan récia calentura, que predijo su muerte para dentro de diez dias. Llegado, en efecto, el dia décimo, hízose leer la Pasion del Salvador, y poniéndose á rezar los siete Salmos penitenciales, espiró tranquilo el miércoles antes del domingo de Ramos, 5 de abril de 1419, contando de edad cincuenta años. Todas sus reglas de perfeccion se reducian á tres: 1.^a evitar las distracciones externas, hijas de supérfluo cuidado; 2.^a preservar su espíritu de las asechanzas del orgullo; 3.^a dester-

¹ Véanse los Bolandistas.

² Á propósito de estos dos celeberrimos y santos misioneros, españoles ambos, recordaremos lo que otro francés dijo de nuestra nacion: «La España sola, son sus palabras, ha convertido mas infieles que súbditos no contienen «sus estados.» ¿Puede la Francia gloriarse de otro tanto, á pesar de estar visiblemente predestinada para la propagacion del Evangelio?... (Nota del Censor de la LIBRERÍA RELIGIOSA).

rar todo apego imoderado á las cosas sensibles¹. ¿Hay álguien de nosotros que haga esto?

La verdadera Iglesia, que por el ministerio de san Vicente daba pruebas de su pujanza replegando en su maternal gremio una multitud de ovejas descarriadas, dávalas igualmente colocando hasta en las gradas del trono las virtudes que preconiza. ¿No es acaso un hecho digno de consideracion el que todos los siglos ofrezcan ilustres Santos, así en las clases inferiores como en las superiores de la escala social, así en el claustro y en las cortes, como en el trono y en las cabañas? ¿Puede la Religion decirnos con mas elocuencia: Yo soy bastante á santificar todas las condiciones, luego con qué excusaréis vuestra cobardia?

Vemos efectivamente en el siglo xv á un jóven príncipe brillar en el mundo por sus virtudes con mas vivo esplendor que por su alcurnia y sus cualidades sociales: este príncipe es san Casimiro, hijo de Casimiro III rey de Polonia, que florece en medio del contagio del siglo, cual lirio entre espinas, sin perder nada de la amable pureza de sus costumbres. Como virtudes distintivas profesaba un grande amor á los pobres y una tiernísima devocion á María, siendo tal la confianza que tenia puesta en la Reina de los Ángeles, que compuso en su obsequio el himno conocido con su nombre, del cual al morir exigió pusieran una copia en su sepulcro.

Frisaba apenas en los trece años, cuando los húngaros, sabedores de sus eminentes cualidades y esclarecidas virtudes, le ofrecieron el trono de su nacion en reemplazo de su rey Matías que no les gustaba. Partió el Santo para obedecer á su padre; pero como tuviese noticia de que el Sumo Pontífice desaprobaba la gestion de los húngaros, se volvió á Polonia para dedicarse á merecer un trono mas brillante que el de Hungría, contrayendo todos sus cuidados á la santificacion de su alma, hasta que, maduro para el cielo, aunque niño casi, falleció en Wilna, el dia 4 de marzo de 1483 á los veinte y cuatro años de edad. San Casimiro es el patron de los polacos y el modelo de todos los mancebos que apetecen guardar la mas amable al par que delicada de las virtudes².

¹ Guillon, t. XXV, pág. 526; Godescard, 5 de abril. Véase acerca la mision providencial de san Vicente Ferrer, nuestro opúsculo en 8.º: ¿Á dónde vamos á parar?

² Godescard, 4 de marzo.

Si de las clases elevadas descendemos al comun del pueblo, tambien encontramos otros monumentos de la virtud fecundante de la Iglesia católica. Herederos de los Valdenses y Albigenses, los sectarios de Wiclef y de Juan Hus pretendian ser ellos la verdadera Iglesia, y para darlo á entender afectaban gran desapego de las riquezas; en cambio eran muy tenaces en sus particulares opiniones; practicaban al exterior los consejos evangélicos, pero en el fondo estaban, como los sepuleros blanqueados, llenos de carcoma y podredumbre, siendo en suma su santidad una celada peligrosísima. Desgraciado el que se dejaba prender en ella; el veneno de la herejía no tardaba en invadir su corazon.

Para burlar este nuevo ardid del infierno, Dios suscitó en el siglo xv, cual habia suscitado en los anteriores, verdaderos discipulos del Evangelio, los cuales á las virtudes falsas de los sectarios opusieron virtudes reales, patentizando que todas las buenas obras de que la herejía se jactaba eran practicadas con mayor perfeccion por los hijos de la Iglesia católica. Así es que se veia gran número de fieles repartir sus bienes á los pobres, y luego ponerse á ganar el pan con el sudor de su frente, consagrarse á la oracion y finalmente practicar todos los consejos evangélicos, originándose de aquí distintas Órdenes religiosas, entre ellas la de los *Pobres voluntarios*.

Esta congregacion trae su origen del siglo xii, pero hasta el xv, esto es, en 1470, no constituyó verdadera Orden religiosa. Su objeto principal, conforme hemos dicho, era patentizar que solo la Iglesia católica es madre de todas las virtudes, bien así como ella sola es columna de la verdad. De su nombre puede colegirse que ni la Orden ni los religiosos poseian renta alguna, pues fiados enteramente en la providencia de Aquel que alimenta á las avecillas y da el ser á cuanto vive, solo procuraban por el sustento diario. Á la mañana ignoraban aun qué tendrían, y aun si tendrían algo que comer aquel dia; despues de largas y férvidas oraciones, salian en parejas ordenadas por el superior á cuestuar por la poblacion, llevando al lado una cesta para coger las limosnas, apoyada su mano en un báculo que remataba en cruz, pasando con la otra las gordas cuentas de su rosario; los piés descalzos; el vestido compuesto de un saco negro ceñido con un cordón y un mantelete gris con caperuza. En tan pobre y humilde arreo no temian presentarse unos hombres que por su nacimiento y fortuna hubieran podido gozar vida regalada y

posicion distinguida en el mundo; elocuente predicacion que desconcertaba la herejia eclipsando las falsas virtudes de sus prosélitos, é inclinaba el ánimo de los católicos á un saludable desprendimiento de los bienes transitorios.

De regreso á su convento, comian en comunidad lo que habian alcanzado á recoger. Traian una vida muy ocupada, que hubiera bastado á sufragar todas sus necesidades, si no prefirieran depender de la Providencia y dar al mundo los grandes ejemplos de la abnegacion que las circunstancias exigian. Dedicábanse á las artes mecánicas, siendo sastres unos, otros zapateros, carpinteros, cerrajeros, etc. Ardiendo en caridad por el prójimo, iban á velar enfermos si los llamaban, y cuidábanles, consolábanles y ayudábanles á bien morir, y aun despues de muertos los amortajaban y mandaban á la tierra. Al dar la media noche poníanse en pié para rezar su oficio; en seguida tenian dos horas de oracion sobre la Pasion de nuestro Señor, permaneciendo durante ella de rodillas; despues se volvian á descansar hasta las cuatro y media, en cuya hora bajaban á oír misa en la iglesia parroquial, permaneciendo tambien tres horas de rodillas. De regreso al monasterio ibanse á trabajar ó á pedir limosna para la comida; y la tarde la pasaban igualmente entre el trabajo y la oracion: tal fué la Orden de los *Pobres voluntarios*¹, milagro viviente de caridad, abnegacion y sacrificio.

Ese carácter de caridad es la señal distintiva de las obras católicas, no consintiendo Dios que la herejia logre usurpárselo; por esto las sectas disidentes, á pesar de sus riquezas y poderío, jamás han alcanzado á formar una pobre hija de san Vicente de Paul, pues les falta para ello el principio de amor. La Iglesia romana, por el contrario, en la union con su divino Esposo, realmente presente en nuestros tabernáculos, encuentra siempre aquella caridad perpetua, infinita, que ostenta de mil maneras para el alivio espiritual y corporal de sus hijos; y ¡cosa admirable! los grandes infortunios parecen ofrecer á su maternal corazón un incentivo particular.

Por de pronto, merced á ella, los pobres, los niños abandonados, los enfermos de toda especie, ancianos, impedidos, peregrinos, etc., son objeto de los cuidados mas tiernos². Quedaba solo

¹ Helyot, t. IV, pág. 50.

² No puede pensarse sin enternecimiento en la fundacion que se realizó en la edad media, habiendo un piadoso católico dejado fondos considerables para

en la época que recorremos una clase de desgraciados tanto mas dignos de lástima cuanto lo son ya por su falta; hablo de los condenados á muerte: la Iglesia vió en ellos unos hijos á quienes era preciso consolar y salvar por una eternidad, y desde luego, ni el horror de sus delitos, ni la infeccion de sus calabozos impidieron que llegase hasta ellos y los estrechase sobre su corazón. Roma, centro de la verdad y foco de la caridad católica, fué la primera que vió nacer en su seno las *cofradías de la muerte*.

Hasta entonces los presos habian sido objeto de la caridad cristiana, á la que nada escapa, conforme hemos visto en una de las precedentes lecciones; pero en la época á que llegamos, la Iglesia organizó en alguna manera esta caridad para hacerla mas eficaz, mas edificante y permanente.

Desde el siglo XIII habianse formado en Roma, la ciudad modelo, cofradías de penitentes destinadas, segun su nombre indica, á ex-

proporcionar á los enfermos las comodidades que pudieran apetecer. No le basta á la caridad cristiana sufragar para las necesidades de su hijo enfermo; quiere aun en alivio de sus quebrantos satisfacer hasta sus antojos.

En otro lugar hemos visto que la Iglesia contenia la efusion de sangre por medio de las treguas de Dios: vedla aquí protegiendo la *fortuna* del pobre y del artesano contra la ávida cupidez de los logreros.— Á fines del siglo XV, cuando los pueblos de Italia sufrían el doble azote de las discordias civiles y de las guerras exteriores, casi todas las familias estaban arruinadas, y solo una clase de hombres especulaba con la miseria pública, á saber, los judíos, los cuales prestaban sobre prendas y daban dinero hasta el 70 ú 80 por 100 de interés. Llegó el mal á tal extremo, que ya fué preciso ponerle remedio; la Iglesia tomó la iniciativa, y los Estados pontificios vieron nacer los monte pios, cuya gloria cumple tributar íntegramente al P. Bernabé de Terni, buen religioso, el cual predicando en Perusa no podia contener las lagrimas al ver los enormes intereses que a la gente pobre arrancaban los usureros, y llevado de su celo, no paró hasta conseguir de algunos sujetos caritativos que formasen una caja de préstamos para los necesitados. Salió la empresa a las mil maravillas: llamóse a esta caja *Monte pio*. «Mons pietatis... ut ad ipsa tanquam ad montem confidenter refugere possint indigentes, et ea in promptu sint, ad mutuandum sub pignoris cautione ipsis indigentibus et occurrentum usuris, quas pro sua indigentia usurariis præsertim judæis solvere cogebantur.» (Ferraris, art. *Mont. piet.* t. V). Así, pues, en 1491, cierto número de vecinos de Perusa pusieron en comun una partida de dinero con destino al alivio de los pobres mediante un módico interés, el cual menos que beneficio era una justa indemnizacion de los gastos ocasionados por el depósito y conservacion de las prendas recibidas en cambio del dinero; y siendo éste poco, ni siquiera se exigía nada. Los buenos efectos de tal establecimiento no tardaron en hacerse sentir, pues así el obrero como el mercader acudian a él en momentos de penuria; y si él

piar el crimen y convertir el castigo del culpable en reparacion de su falta y en leccion saludable para la sociedad; siendo la mas célebre de esas cofradías la de los *Penitentes negros de la misericordia*, que fundaron en Roma en 1488 varios florentinos asociados para acompañar á los reos al suplicio y ayudarles á morir bien.

Oigase el relato de sus obras: Cuando un infeliz ha sido condeñado á la pena capital, la justicia pasa aviso á la cofradía de la Misericordia, la cual designa cuatro hermanos para que vayan á la prision á consolar al paciente y disponerle á hacer una confesion general, permaneciendo con él noche y dia hasta que espira. Llegada la hora de la ejecucion, los demás penitentes en gran número salen á buscar y acompañar al reo formados procesionalmente en dos líneas, llevando á su cabeza la imágen del Crucificado cubierta con una gasa negra y acompañada por dos hermanos que la alumbran con hachas amarillas, símbolo de la reparacion que el penitente ha-

uno hallaba por este medio la corta ayuda que le es á menudo indispensable para dar la última mano á su trabajo, el otro tenia un recurso para solventar descubiertos al vencimiento.

Tan ventajosa pareció esta fundacion, que el papa Sixto IV quiso hacerla extensiva á la ciudad de Savona su patria, y en consecuencia estableció un monte pio calcado sobre el de Perusa. No tardaron en formarse otros en Cesena, Mantua, Florencia, Padua, Bolonia, Nápoles, Milan, y últimamente en la capital misma del orbe cristiano, apresurándose los Papas á favorecer estos y otros actos de caridad, siempre con la principal idea, segun se calenda en sus bulas de autorizacion, de asegurar á los pobres una salida facil y gratuita. Mas adelante se establecieron tambien monte pios en las ciudades industriales de Flandes, y en todas partes la autoridad religiosa intervino para regular las condiciones del préstamo.

Segun lo resuelto por los Sumos Pontífices y por los Concilios Lateranense y de Trento, se acordó:

- 1.º Que el préstamo fuese tal que jamás pudiese llegar á absorber el capital reproductivo, y que en ningun caso se abonaria á los ricos y á los extranjeros;
- 2.º Que no se devengaria sino por cierto plazo, como de un año ó menos;
- 3.º Que para seguridad del capital prestado, se recibiria una prenda con la que el establecimiento pudiese indemnizarse en caso de no devolucion al espirar el deudor;
- 4.º Que á fin de resarcir los gastos ocasionados por el depósito y conservacion, abonaria el prestamista un ligero derecho; aunque mejor seria no exigir ninguno, dice Leon X en su bula de autorizacion; evitandose gastos supérfluos por parte de la administracion, y cuidando sobre todo que los fondos destinados para préstamos no se distrajeran á otros objetos.

Á principios del siglo xvii habia ya monte pios en las principales naciones de Europa. (Véase las *Tres Romas*, t. II, pág. 448).

ce á Dios á quien ultrajó, y á la sociedad por él escandalizada. Los congregantes cantan en lúgubre tono los siete Salmos penitenciales y las Letanias mayores, con el fin de excitar en el alma del criminal los dos grandes sentimientos que en aquel supremo trance deben poseerle: arrepentimiento y confianza.

Así que el ministro de la justicia humana se ha apoderado del paciente, estos pios ministros de la Misericordia redoblan sus preces permaneciendo junto al patíbulo para unir sus súplicas á la sangre y á los dolores del culpable cuando ha espirado. En el mismo orden pasan á la iglesia mas cercana, y se apresuran por medio de ardientes oraciones á acompañar el alma de su hermano ante el tribunal del supremo Juez. Algunas horas mas tarde vuelven al patíbulo con hachas en la mano, símbolo de gloria é inmortalidad, recogen el cadáver, lo colocan en una caja cubierta con paños negros, y lo trasladan á su iglesia, donde rezan por él el oficio de Difuntos, y el dia inmediato se celebra un solemne funeral, al que sigue el entierro.

El hábito de los congregantes se compone de un saco negro ceñido, velo del mismo color, y en las procesiones de un sombrero caído ó caperuza¹: entre otros privilegios disfrutaban el de poder librar cada año á un criminal condeñado á muerte ó á encierro perpetuo. El ejemplo de Roma fué imitado; y los reinos y ciudades católicas tuvieron cada cual sus cofradías, y desde entonces los criminales pudieron verse en sus últimos momentos rodeados de todos los auxilios necesarios para morir santamente.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber velado con tanta solicitud por nuestras necesidades; dadnos el celo de san Vicente Ferrer y la compasiva caridad de los Penitentes.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mi mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, rogare por los presidarios y por los reos condeñados á muerte.

¹ Helyot, t. VIII, pág. 262. Véase, acerca la cofradía de la Misericordia de Florencia, las *Tres Romas*, t. I.